

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Monserrat Báez Jiménez

“El nacimiento de la Nostalgia”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 81-83.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

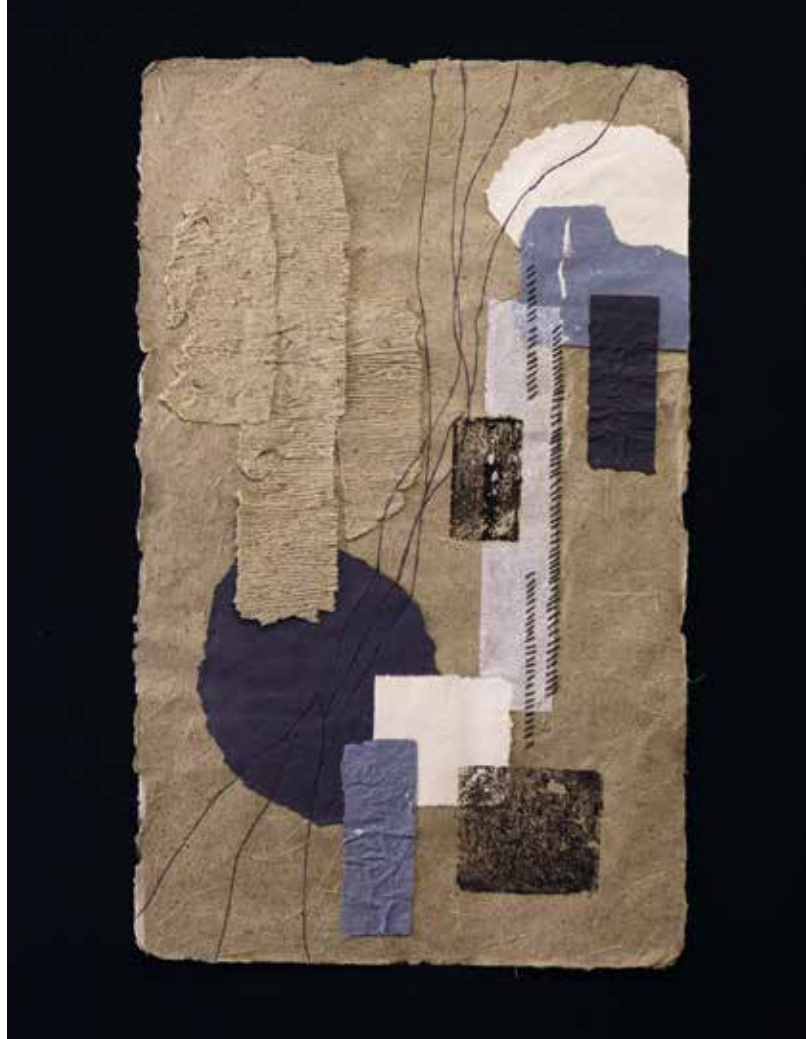
La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

El nacimiento de la nostalgia

Montserrat Báez Jiménez

No me jacto de mucho. Podría afirmar que la modestia es uno de mis atributos favoritos que puedo observar en otros, y es por eso que conservo algunos de mis grandes orgullos en un cajón. Pero si existe algo en mi vida que me hace sentir especial es que, cuando tenía 11 años, conocí la magia. La conocí mientras esperaba con ansias a que terminara la jornada de uno de mis días en sexto año de primaria. Era el tiempo después del recreo, cuando todos estábamos con la barriga llena y el cansancio a tope. Prestábamos ya poca atención. La asignatura en curso era Historia Universal. El profesor hablaba, ante el interés disperso de los alumnos, sobre los restos de un ser ancestral descubiertos en Kenia en 1974: una *Australopithecus afarensis* llamada Lucy. La mujer de un poco más de tres millones de años de antigüedad, nos platicaba, había sido nombrada así en honor a una canción popular que sonaba en el momento de su descubrimiento. Optando por una clase más dinámica, el profesor encendió las bocinas. Y entonces comenzó a sonar.

Los primeros segundos de la música que emanaba de las bocinas estaban creados con un instrumento que no supe reconocer.



Pedro Jesús Orea Reyes: *Composición IV*

¿Era un piano muy agudo? ¿Una guitarra con muchas cuerdas? Entonces, una voz: *Picture yourself in a boat on a river, with tangerine trees and marmalade skies...* A pesar de estar escuchando sonidos que no entendía, oraciones que nacían en un idioma extranjero, ajeno al mío, comprendí algo que las palabras no siempre pueden expresar: la magia. A los 11 años comencé a escuchar a los Beatles.

Con los meses, mi habitación se convirtió en un templo que veneraba con respeto el talento de esos cuatro hombres que jamás podría conocer, pero cuyas vidas ya eran parte del repertorio de mi memoria. Las paredes se inundaron con sus rostros y las conversaciones cotidianas con sus nombres. Podía responder cualquier pregunta sobre ellos. Mis

amigas de la escuela se divertían con mi conocimiento haciéndome preguntas como “a ver, dinos, ¿qué desayunó Paul McCartney el día que conoció a John Lennon?” Por supuesto, como fanática oficial, todo aquello que no había forma de saber, lo inventaba.

Los Beatles me dieron un sentido de pertenencia. Siempre fui una persona solitaria, pero con ellos me sentía en un espacio seguro ajeno al mundo de las emociones revueltas, las amistades rotas y las hormonas sin control que conlleva la adolescencia. Con ellos sentía la tranquilidad de poder disfrutar de mi soledad, pero esta vez acompañada. En ellos nació mi afición por la nostalgia.

*Thought I'd been in love before
But in my heart, I wanted more*

Lennon grabó la voz de uno de los últimos demos de “Real Love” el día que lo asesinaron, en Nueva York. No tuvo oportunidad de terminarla. La canción, podría asegurarlo sin titubeos, está escrita para Yoko, su gran amor, la mujer que le cambió la vida y lo acompañó hasta el último segundo.

Decía Gabriel García Márquez, “tengo la impresión de que el mundo fue igual desde mi nacimiento hasta que los Beatles empezaron a cantar”. Para él los Beatles eran, en sus palabras, el nacimiento de la nostalgia. Incluso aseguraba que sus canciones eran la única nostalgia compartida que una persona podría tener con sus hijos. Pienso que toda persona de la generación que disfrutó de su juventud durante la década de los sesenta tiene, probablemente, algún recuerdo ligado con el cuarteto. Asimismo, los nombres de John, Paul, George y Ringo están presentes en las memorias y los trabajos literarios de escritores de todo el mundo; muy a la Joan Didion, quien eligió el nombre *The White Album* para compilar una serie de ensayos que resumían su experiencia viviendo durante los años sesenta.

García Márquez recordaba también una conversación con Emilio García Riera en la que el escritor le confesaba que escuchaba a los Beatles con miedo, al sentir que los recordaría por el resto de su vida. La música tiene la cualidad única de poder ser relacionada con absolutamente cualquier acontecimiento del mundo, y de ser recordada para siempre. Cada época y cada persona tienen una banda sonora personal, y no es difícil imaginar que el acto musical más exitoso de la música popular está grabado en la memoria de las masas.

La nostalgia es la materia prima de las artes. La mayor parte de las personas dedicadas al arte crean desde el recuerdo; desde el dolor pasado, los amores perdidos y los veranos que no sucederán de nuevo. Y esta materia es también una forma de recordar que alguna vez pertenecemos a lugares que han desaparecido, y que hemos compartido momentos con personas que ya no están. La nostalgia nace del afán de vivir en el pasado, de recordar perpetuamente. He ahí la cualidad única de los Beatles; nos hacen recordarlos incluso a quienes jamás los vimos juntos.

*From this moment on I know
Exactly where my life will go*

Cuando tenía 13 años escribía un diario, aunque, en realidad, mis entradas eran más semanales o mensuales, dependiendo del nivel de cataclismos que un alma que ha vivido tan poco puede experimentar. Lo titulé *Forgotten dreams*: un fragmento de la que en ese entonces era mi canción favorita de los *Fab Four*, “Real Love”. La canción fue escrita, inicialmente, para el siguiente álbum de John Lennon después de *Double Fantasy*, que al final se lanzaría de manera póstuma bajo el nombre *Milk & Honey* sin incluir dicho tema. Tras los eventos del 8 de diciembre de 1980 quedó olvidada por 14 años, hasta que sus tres viejos amigos y compañeros de trabajo la sacaron de un baúl de los re-

cuerdos guardado por Yoko Ono, y decidieron lanzarla como la última canción oficial de los Beatles como banda, casi treinta años después de su ruptura.

Hace unos años, al leerlas, estas entradas de diario me recordaron un viejo amor que alguna vez estuvo al nivel del que sentía por ellos: la escritura. Después de todo, leer las letras poéticas de John en canciones como “Across the Universe”, o de George en “Within You, Without You”, también me recordó que la literatura viene en muchas presentaciones y formatos; algunos de ellos, una melodía de 3:54 minutos.

*Seems like all I really was doing
Was waiting for you*

Lennon grabó la voz de uno de los últimos demos de “Real Love” el día que lo asesinaron, en Nueva York. No tuvo oportunidad de terminarla. La canción, podría asegurarlo sin titubeos, está escrita para Yoko, su gran amor, la mujer que le cambió la vida y lo acompañó hasta el último segundo de esta. Pero él no tenía idea de que, 32 años después de grabarla, una niña de 11 años en una época, una cultura y un país totalmente diferentes a los suyos, que nunca, como él, había caminado por Penny Lane, ni comido fresas sentada en un campo de Liverpool, y con quien parecería que tenía poco en común, la descubriría, y conocería, con ella, a uno de sus grandes amores reales. La canción ya terminada y lanzada en 1996 es un tributo a la nostalgia. Una celebración de los recuerdos compartidos entre cuatro personas que por mucho tiempo renegaron de ellos, pero terminaron por ceder ante la memoria tras la sorpresiva muerte de uno de los cuatro. La nostalgia, después de todo, es lo único que no puede morir. “Real Love” terminó sonando, probablemente, de

una manera que no le hubiese parecido a Lennon.

El 22 de marzo de este año se celebró el 60 aniversario desde que los Beatles lanzaron su primer álbum, *Please please me*, con el que obtuvieron el reconocimiento mundial que poseen hasta el día de hoy. Yo celebré 11 años escuchándolos en mayo; los mismos años que llevaba viviendo cuando los descubrí. Al igual que García Márquez, considero que, desde que comenzaron a tocar juntos, han sucedido pocos fenómenos mundiales que se les puedan asemejar, porque, incluso al mirarlos sin los lentes del fanatismo y del amor desmedido, es innegable que mucho de lo que escuchamos hoy no pudiese haber existido sin ellos. La huella que ocho pies cruzando Abbey Road dejaron en el mundo está marcada sobre pavimento; es indeleble. Para mí, como para muchos otros, los Beatles son un hogar musical. Un hogar del que me he alejado ocasionalmente para conocer nuevos mundos. Con los años he guardado los pósters en un clóset, los vinilos en un librero, y mi repertorio musical posee ahora nombres y sonidos nuevos. Pero siempre vuelvo a ellos, porque en ellos encuentro los inicios de mi nostalgia, y con ella recuerdo mi motor creador. Y es que cuando escuché sus voces por primera vez, por fin supe de lo que se trataba todo esto. Por fin había encontrado mi lugar, a donde pertenecía. Yo no descubrí a los Beatles; los estaba esperando. **LPyH**

REFERENCIAS:

García Márquez, Gabriel. 1980. *Sí: la nostalgia sigue siendo igual que antes. El País*. 15 de diciembre.

Montserrat Báez Jiménez (Xalapa, 2000) es ensayista y licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV.

Imprecisiones sobre el diablo

Mariana Rosas Giacomán

Estaba compartiendo un rato de sombra con mi amigo Alan. Eran las cuatro o cinco de la tarde, un martes. ¿Qué has hecho, cómo estás?, nos preguntamos después de algunos días sin vernos. ¿De qué estás escribiendo? Del diablo, creo, contésté, y de inmediato me contó sobre el libro póstumo de Mark Twain, donde un diablo se le aparece a un par de niños para ofrecerles su amistad. El diablo en mi mente es eso, más o menos: un hombre elegante que habla con una amabilidad peligrosa. O el diablo de la lotería, dice mi amigo. Recor-

dé una infancia en la que Eli, mi nana, al cantar la lotería se refería al diablo como *El Rojote*.

–Pero lo curioso es que en los ranchos siempre hay un señor sombrerudo que te va a decir que se peleó con el diablo y que le ganó –dice Alan–. Yo me pregunto si el diablo no tiene cosas mejores que hacer, ¿no? No sé, planear la próxima dictadura latinoamericana, perfeccionar un nuevo cáncer, algo así. ¿Por qué estaría en absolutamente todos los cerros mexicanos peleando con viejos sombrerudos miados que no pueden ni pararse de lo alcoholizados que están?

Ambos nos reímos.

–Y lo peor, ¿por qué en esas peleas siempre gana el ruco?

–No sé, puede que sea su hobby. Así entrena, buscando vie-



Pedro Jesús Orea Reyes: *Composición III*